

9 de noviembre, la noche cuando el mundo se abrió

—» CARLOS CASTILLO

Ciudad de México, 1978.
Estudios de Filosofía, Universidad
Panamericana, y de Edición,
Universidad Nacional Autónoma
de México. Director editorial
y de cooperación institucional
de la Fundación Rafael Preciado
Hernández. Director de la revista
Bien Común.

La caída del muro de Berlín representó el último gran acontecimiento histórico del siglo xx. Nada volvió a ser igual después y su influencia tuvo impacto, en mayor o menor medida, para toda la humanidad. Este ensayo busca recuperar una época a la luz de experiencias particulares cercanas a la Alemania posmuro, puerta abierta a un mundo más libre, más complejo, más universal.

Obertura

Para quienes nacimos a finales de los años setenta en México, Berlín era una ciudad más dentro del mapa, la clase de Geografía donde dos Alemanias convivían como lo hacían dos Coreas, dos Chinas, dos mundos que en esa época protagonizaban una guerra fría ya en proceso de tibieza, sin otra noticia que los detalles apenas entendidos e ilustrados en las viejas tiras de Mafalda que se escondían entre los tomos de la biblioteca paterna.

El 9 de noviembre transcurría la tarde cuando la voz de mi madre llamó a reunirnos a donde la TV, y nos dijo: «Pongan atención, porque algo histórico está pasando». En la pantalla, una muchedumbre radiante, eufórica, violenta en ocasiones pero con un destello de satisfacción, golpeaba con marro- nes una pared gris, plagada de grafitis; himnos incomprensibles se cantaban a coro, la alegría daba la vuelta al mundo, los reencuentros acontecían mientras uniformados solemnes, los menos, impávidos, la mayoría, observaban lo que ocurría con los brazos entrelazados por la espalda.

No importaba el canal que se sintonizara, todos repetían las mismas imágenes que de la tarde pasaron a la noche a la luz de grandes reflectores, iluminación para que las grúas, que sustituyeron a las mazas, elevaran los enormes bloques de concreto en torno a los que seguía un festejo que no parecía terminar. La caída del Muro sellaba el último rescoldo de un régimen que partió el mundo en dos, abría una frontera por la que la humanidad deja-

ba atrás una de sus etapas más oscuras e indignantes.

Nada de ello estaba claro para los once años de quien estas líneas redacta y estos recuerdos invoca. Lo frase que se repetía era «cayó el muro de Berlín»; en la escuela, en los noticieros, en las pláticas de los mayores, la noticia era la única que parecía importar. No recuerdo si en el salón de clase se habló del tema. Lo cierto es que se corrigieron los libros de Geografía, mientras los de Historia agregaban un nuevo capítulo: «Alemania unificada». El siglo xx terminaba. El XXI no acababa aún de iniciar.

Nuevas vidas, nuevas voces

Del régimen soviético se sabía también lo que la historia y algunas anécdotas informaban. Términos como *politburó*, *soviet supremo*, *primavera de Praga*, *Afganistán* y la recién multinombrada *perestroika* eran expresiones sin asociación alguna a un concepto preciso. La excepción: *Solidarnosc*, porque en casa abundaban pegatinas de las banderas rojiblancas con esas letras casi ilegibles que mi padre traía de sus viajes a Europa y adhería a nuestros portafolios escolares. Las monjas del colegio observaban y negaban con la cabeza, sin decir palabra, ante esas y otras propagandas que adornaban útiles del aula.

El cambio siguiente llegó en 1990, cuando fui enviado al Canadá francés, a la isla de Laval, cerca de Montreal, para aprender el idioma en una escuela pública. Un país ejemplar en muchos sentidos, diferente al México de ese tiempo, con un grado de civilidad que

se manifestaba en aspectos tan sencillos de la vida cotidiana como que los automóviles se detuvieran en el paso cebra de cada esquina. En la Escuela Secundaria San Martín, el sistema llamado *Accueil* recibía a los hijos de inmigrantes de todo el mundo, y fue solo hasta entonces cuando la reunión en torno al televisor de un año antes cobró sentido pleno.

Emigrantes de aquel lejano Berlín, de la aun más distante Rumania —cuyo dictador había visto ser asesinado en vivo y a color—, del Chile donde Pinochet aún envejecía en el ocaso de una época, de Vietnam, de Laos, de Líbano, de Armenia, de Venezuela y de otros países, todos tenían noticias que abrían poco a poco el mundo de la infancia a una adolescencia donde el amor utilizaba diccionarios y términos en castellano, francés e inglés, donde la amistad relataba atrocidades y escenarios apenas imaginados, donde el árabe se revelaba con sus consonantes que ahogaban vocales, donde el hindú era un misterio que jamás se esclareció. La caída del Muro llevó a miles fuera de su lugar de origen, y en un país con la tradición migrante canadiense, los puntos de encuentro de una política educativa destinada a insertar al recién llegado en una tierra nueva eran historias lejanas, voces desconocidas, hallazgos de culturas que ayudaban a entender que no bastaba la tolerancia sino que, además, era indispensable la aceptación, mucho más apta para tender puentes, para atravesarlos de ida y para regresar sobre los pasos con la disposición de volver a emprender el recorrido cuantas veces hiciera falta.

El punto de referencia de las historias era, una vez más, Berlín. Un libro llevado al colegio y compartido durante el receso describía con fotografías o dibujos los distintos medios que quienes residían del lado oriente del Muro empleaban para escapar: submarinos improvisados para cruzar la frontera vía marítima, dobles fondos de cajuelas o compartimentos secretos en la parte inferior de automóviles para hacerlo vía terrestre, globos aerostáticos para la ruta aérea, túneles fallidos apuntalados con vigas de madera e iluminados en su interior para el camino subterráneo y una suma de opciones donde la inventiva y la creatividad eran manifestación cruel y dolorosa de la voluntad de libertad. El volumen referido circulaba para que quienes así lo desearan, lo compartieran en casa. Me lo llevé una tarde pero lo observé a solas, tratando de descifrar las palabras largas y plagadas de consonantes que muy poco decían al no familiarizado con la lengua alemana.

El nuevo país sorprendía al grupo de latinoamericanos que nos reuníamos por afinidad idiomática y cultural. El invierno requería un cambio horario de cuatro horas para contar con unas seis de sol por día; el frío era por sí mismo una novedad inédita y que calaba al punto de utilizar varias capas de ropa incluso en las jornadas más luminosas; los horarios de comida torcían hasta los organismos más aptos y la nieve se convertía en la sorpresa de noches silenciosas y amaneceres de un blanco que enceguecía y sorprendía. Para los compañeros alemanes, nada de eso era nuevo, pero su actitud no

era la del adolescente fascinado por las novedades: había un dejo de nostalgia, de miradas perdidas, de patria lejana y dividida de la que sus padres, por la razón que fuera, decidieron partir. Más cerrados, menos dispuestos a la anécdota, acostumbrados quizá al silencio impuesto como mecanismo de prevención y defensa. Fue cuando aprendí que aquella región checa llamada Bohemia daba nombre a esa actitud de vida displicente y licenciosa, pero que durante el comunismo la vida pública era callada, discreta y sutil, buscando destacar lo menos posible para evitar cualquier sospecha.

El muro abrió las puertas no solo a las realidades que poco a poco salían a la luz sino, además, fue el paso para que el Este del mundo buscara un sitio en Occidente. Recuerdo una clase en la que, ante la indicación severa de una maestra, mi respuesta fue llevar la mano a la frente como señal militar de acatar la orden, a lo que la mujer ya entrada en años respondió con una perorata, exigente pero comprensiva, en la que señalaba que en este país no eran necesarios ese tipo de expresiones, que en Canadá la libertad se gozaba y se vivía. Lo mismo cantaba un músico que defendía la independencia quebequense, Michel Rivard: «Ven a encontrar entre nosotros el gusto de la libertad».

En las bibliotecas municipales, los libros acerca de la guerra fría, de la división alemana, de la caída del Muro y del régimen ruso comenzaron a arrojar nueva información para el lector curioso: fotografías célebres de un soldado en plena huida saltando una valla de púas, de otro uniformado que volteaba

para constatar que nadie lo observaba mientras ayudaba a un niño a atravesar el alambrado fronterizo; los tanques de uno y otro bando enfrentados cañón contra cañón en los momentos más álgidos previos a la edificación de la muralla, el rostro indescifrable de generales con la gorra calada hasta las cejas en señal de desafío al fotógrafo...

Con las fronteras abiertas, la información también se abrió paso como señal de una nueva era en la que ocultar, censurar y acallar sería en adelante casi imposible.

Retorno

Volver a México fue un desacostumbrarse a lo que luego de un año era habitual. Detenerse de nuevo en la esquina aunque no hubiera automóviles, asegurar las puertas del coche para entorpecer posibles asaltos, la maraña de calles sin nombre, con numeraciones incompletas o truncas, la precaución de los espacios sin iluminación o las construcciones que de noche eran y son refugio de cacos y maleantes. De igual modo, la homogeneidad de los compañeros, la sospecha siempre implícita de la cultura mexicana, que mira con recelo lo extraño o lo ajeno; esas herencias centenarias que luego hallaría descritas en *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz.

La vida alemana, por su parte, ya no era tema de pasillos o pláticas sino, una vez más, párrafos escuetos de libros donde la historia vieja y detenida apenas daba nota mínima de aquel suceso de noviembre del 1989; la geo-



grafía, por su parte, hacía que los mapamundis se actualizaran de manera constante, con el desmembramiento de las repúblicas soviéticas y de Europa oriental.

Los viajes, por su parte, y las amistades de mi padre, trajeron de nuevo a Alemania a los temas de conversación. Conocí el país en 1996, en compañía de Hans-Jürgen Weiss, entonces colaborador de la Fundación Konrad Adenauer, quien junto a su esposa Fides nos llevó a recorrer Bonn, Maguncia, Aquisgrán y la abadía de Santa María Laach; largos paseos a pie en los que nuestros interlocutores celebraban las ventajas de

un país ya libre, unificado, que enfrentaba con éxito desde hacía varios años el reto económico de integrar de la noche a la mañana a varios millones de ciudadanos que comenzaban a hacer uso de servicios sociales sin haber antes contribuido a la hacienda pública.

Hans reseñaba el peligro de que la entonces juventud no se interesara en los temas públicos, señalando la importancia que eso tenía para el sistema de pensiones, y un tanto alarmado hablaba de cómo algunos servicios públicos fallaban ante las montañas de hojas secas que se acumulaban en los parques.



No obstante, el contraste con otros hallazgos hacía que esas pilas de hojas fueran insignificantes: autopistas gratuitas y de máxima calidad, seguridad pública discreta pero atenta y presente para cuando fuera necesario; aeropuertos y terminales de trenes con una puntualidad hasta el día de hoy reconocida a nivel mundial; integración del avance urbano con el entorno natural, generando un equilibrio que no atentaba ni contra uno ni contra otro; desarrollo turístico de primer orden; una vida cultural activa, gozosa y de la que me impactaron los músicos callejeros, debajo de un puente o al fondo de un

callejón, capaces de interpretar música clásica o popular con el mismo talento y calidad.

Una estancia breve pero de aprendizaje intenso, de Carlomagno a la primera imprenta, de la casa de Beethoven a la hazaña de reunificación que fortalecía a un país próspero, creativo, innovador y dispuesto a seguir siendo durante muchos años una potencia mundial. Del muro quedaban solo historias, anécdotas sobre las garitas para pasar de uno al otro lado, la imposibilidad de los alemanes de hacerlo, la complicación de cualquier turista, relatos sobre la carestía en la parte

oriental mientras la occidental crecía y prosperaba, fastos lejanos de una herida que había atravesado al país y de la que siete años después solo restaba la disposición a recordar y mantener viva la memoria para que nada de ello ocurriese otra vez.

Los años finales e iniciales de los siglos xx y xxi fueron un cúmulo arremolinado de sucesos que tiró por tierra las versiones de que la historia terminaba, de que el capital era solución paulatina para cualquier desigualdad y de que a partir de ese momento todo sería una sucesión de cuestiones en constante repetición, equilibrio y prosperidad. Mi padre falleció en Alemania en el año 2000, en casa de aquel amigo alemán que casi un lustro antes había conducido nuestros pasos por un suelo repleto de hojas de otoño; meses después, las torres gemelas fueron derribadas e inició una guerra contra el terrorismo que puso en jaque a Occidente, coartando libertades, levantando muros de garitas y seguridad que se contraponían con otro enorme logro impulsado por la alianza franco-alemana: la zona de mercado y moneda común del euro, al que se adherían naciones en busca de los beneficios que aportaba una economía boyante, estable y segura.

En México, el Partido Revolucionario Institucional perdió las elecciones que trajeron la alternancia política en el Poder Ejecutivo, luego de casi sesenta años de lucha por la democracia contra un régimen que poco a poco fue debilitándose ante los embates de una ciudadanía que, bajo la conducción del Partido Acción Nacional, llevó a Vi-

cente Fox y luego a Felipe Calderón a gobernar el país.

Alemania se me escurrió de las manos de nuevo, distancia solo salvada por el puente de la literatura: *Tu nombre en el silencio*, novela de José María Pérez Gay, narraba las aventuras de tres jóvenes latinoamericanos en un intercambio estudiantil en Berlín, en la época de la guerra fría, acompañados de Goethe, de Paul Celan, de Walter Benjamin y de una suma importante de autores que resumían el saber de quien fuera el gran germanófilo mexicano.

Tuve, por fin, ocasión de visitar Berlín en 2001 y 2006, y me sorprendió no solo por su historia, que no es poca, por sus museos, de entre los mejores de Europa, por su memoria viva, que es dolorosa y está a flor de piel, sino además de todo ello por su versatilidad, su velocidad, su intensidad y su dinamismo. Como toda gran capital, esta vibraba de lenguas y nacionalidades, de prisa y de remansos de calma donde el tiempo se detenía, de raudales de personas en todas direcciones y bocas del subterráneo que las llevaban a destinos distintos para cada una.

Por la noche, realicé un recorrido por los restos del muro —puesto que la mañana, más proclive para ello, era mejor pasarla entre el ayer a resguardo y aquel que yace, público y gratuito, en plazas y calles de las que conservo, intacta, aquella frase de Heine: «Donde se empieza quemando libros se termina quemando hombres»—; las paredes que aún permanecen resultaban, como muelas carcomidas de ignominia y muerte, restos en decadencia de una época donde el poder se entendía

como la capacidad de asesinato y dominio, tiempos lejanos —y tan cercanos en años— a los que ya a principios del siglo XXI demostraban al mundo, con Alemania a la cabeza, que el poderío puede y debe ejercerse bajo las banderas de la generosidad, la paz, la concordia y la centralidad del hombre, y su libertad como eje en torno al cual se tome desde la más sencilla hasta la más compleja decisión.

Nadie como los alemanes para entender las consecuencias de una división forzada y cruel; nadie tampoco como ellos para enseñar las posibilidades que hay en cada volver a empezar.

Presente

Del campo de práctica de la realidad a las teorías hay una biblioteca de por medio y, para mi caso, la paterna ha sido espacio de aprendizaje, estudio y sustituto de aulas y maestros. Tras los descubrimientos en suelo alemán, los libros completaron el saber necesario, al que añadí, ya en la primera década del siglo XXI, contactos diversos con la Fundación Konrad Adenauer (KAS), en particular con Frank Priess, Georg Eickhoff y Stefan Jost. Así, temas como la economía social de mercado, la filosofía desde Kant hasta Habermas, el desarrollo sustentable, el romanticismo literario y la pintura de Caspar David Friedrich, la música imponente por su magnificencia o estremecedora por su quietud, o un idioma que hasta el día de hoy se me escapa y envidio, fueron convirtiéndose en influencias, búsqueda y descubrimiento.

Como una suerte de *vasos comunicantes* o, más propicio para estas líneas, de *afinidades electivas*, aquella historia iniciada el 9 de noviembre frente a un televisor, fecha en que descubrí Alemania, llegó en este 2014 a los puertos que aquella Fundación y las diversas y valiosas actividades que en suelo latinoamericano han construido a lo largo de varias décadas. Conocí de este modo los diversos cursos de formación y capacitación que se realizan desde México hasta la Patagonia; asistí y participé en reuniones y capacitaciones del Programa de Pueblos Indígenas en Bolivia; fui incluido entre los integrantes de la plataforma *Diálogo Político*, como parte del Programa de Partidos Políticos, entre otros espacios en los que la historia de Alemania y quien estas líneas suscribe continúa una escritura de afortunada coincidencia.

Lo más importante: a la luz de estos proyectos, nuevas amistades convergen en un ámbito profesional que trasciende fronteras y reúne en torno de objetivos comunes: promoción del pensamiento humanista, defensa de sociedades más libres, impulso a la responsabilidad que acompaña todo derecho, profesionalismo en el trabajo y la disposición de la KAS a ampliar horizontes. Nunca más un mundo cerrado en sí mismo; nunca más una ideología de intolerancia y abuso... La historia solo respeta aquello que cuenta con solidez, que es motivo de unidad y que promueve una mejor sociedad. La Alemania posmuro marca una etapa de esta premisa, y es prueba indudable de cuánto puede lograrse con dedicación, tenacidad y humildad.